

*En aquellos días, María se levantó y puso en camino de prisa hacia la montaña, a una ciudad de Judá; entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel. Aconteció que, en cuanto Isabel oyó el saludo de María, saltó la criatura en su vientre. Se llenó Isabel del Espíritu Santo y, levantando la voz exclamó: «¡Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre! ¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor? Pues, en cuanto tu saludo llegó a mis oídos, la criatura saltó de alegría en mi vientre. Bienaventurada la que ha creído, porque lo que le ha dicho el Señor se cumplirá».*

Un relato lleno de alegría y bendición. En este pasaje, somos testigos de un encuentro extraordinario entre dos mujeres, María y su prima Isabel.

María, llena del Espíritu Santo y portadora del milagro de la encarnación, se embarca en un viaje hacia la casa de Zacarías e Isabel. Este viaje no solo es físico, sino también espiritual, ya que lleva consigo la presencia divina en su vientre. El Salvador del mundo está en camino.

Al llegar, María es recibida con una explosión de gozo. Cuando Isabel escucha el saludo de María, el niño que lleva en su vientre, Juan el Bautista, salta de alegría. Es un momento divino, un encuentro lleno de significado y revelación.

Este pasaje nos enseña varias lecciones preciosas.

En primer lugar, nos muestra la importancia de la comunión entre creyentes. María y Isabel comparten un lazo familiar, pero lo que las une de manera más profunda es su fe en el plan divino, comparten las maravillas que Dios hace en sus vidas. La comunión entre hermanos en la fe es una fuente de consuelo y fortaleza.

En segundo lugar, observamos la respuesta de fe de Isabel al saludar a María. Isabel, llena del Espíritu Santo, reconoce la grandeza de María y del niño que lleva en su vientre. Su fe se manifiesta en una bendición profunda y en la declaración de que María es bendita entre las mujeres.

Finalmente, este pasaje nos invita a meditar sobre cómo respondemos nosotros a la presencia de Dios en nuestras vidas. ¿Salta nuestro corazón de alegría al acercarnos al misterio divino? ¿Reconocemos la presencia de Cristo en los demás y les bendecimos con un corazón agradecido?

Que la historia de María e Isabel sea para nosotros un recordatorio de la alegría que surge cuando permitimos que la presencia de Cristo transforme nuestras vidas y nuestras relaciones. Que, como María, estemos dispuestos a llevar la luz de Cristo a aquellos que nos rodean, compartiendo la buena noticia con un corazón humilde y agradecido.